

Dossier



Jean Dubuffet, Mémorotation VI, 1978 (Gentileza Christie's)

No habrá grandes festejos por los sesenta años del Tratado de Roma, el 25 de marzo. Europa perdió su brillo. El desastre provocado por sus políticas genera resistencias, de izquierda, y de derecha, alimentadas por la xenofobia.

¿Por derecha o por izquierda?

Combatir la Unión Europea

por Perry Anderson*

Hace veinticinco años, la expresión "movimiento antisistema" era usada con frecuencia, particularmente por los sociólogos Immanuel Wallerstein y Giovanni Arrighi, para describir las diversas fuerzas de izquierda hostiles al capitalismo. Hoy en día, sigue siendo pertinente en Occidente, pero su significación cambió. Los movimientos contestatarios que se multiplicaron en el transcurso de los últimos diez años ya no se rebelan contra el capitalismo, sino contra el neoliberalismo —es decir, la desregulación de los flujos financieros, la privatización de los servicios públicos y la profundización de las desigualdades sociales—, la variante del reinado del capital que se instauró en Europa y Estados Unidos desde la década de 1980. El orden político y económico que deriva de ella fue aceptado casi indistintamente por gobernantes de centroderecha y centroizquierda, consagrando el principio del pensamiento único ilustrado por la máxima de Margaret Thatcher: "No hay alternativa" ("There is no alternative", o TINA). Dos tipos de movimientos se desarrollaron en reacción a ese

sistema. Ya sean de derecha o de izquierda, son estigmatizados por las clases dirigentes que los presentan como una amenaza única: la del populismo.

No es casualidad que esos movimientos hayan aparecido antes en Europa que en Estados Unidos. Sesenta años después del Tratado de Roma, la explicación es simple. El Mercado Común de 1957, que prolongaba la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) —concebida por Robert Schuman para evitar el retorno a un siglo de hostilidades franco-germánicas y, a la vez, para consolidar el crecimiento económico de la posguerra en Europa Occidental—, era el producto de un período de pleno empleo y de alza de los salarios medios, de afianzamiento de la democracia representativa y de desarrollo de los sistemas de redistribución. Los acuerdos comerciales derivados del Mercado Común invadían poco la soberanía de los Estados miembros, que salían más fortalecidos que debilitados. Los presupuestos y las tasas de cambio se decidían a nivel nacional, por Parlamentos responsables ante sus votantes, en los que se debatían enérgicamente orientaciones políticas muy diferentes. De hecho, París se había destacado

por frenar las tentativas de la Comisión de Bruselas de ampliar sus prerrogativas. La Francia del general De Gaulle, pero también, de una manera mucho más discreta, la Alemania Occidental de Konrad Adenauer conducían una política exterior independiente de Washington y capaz de resistirle.

Austeridad, oligarquía y movilidad

El fin de "los treinta gloriosos" trastocó esta construcción. Desde mediados de la década de 1970, las sociedades capitalistas desarrolladas entraron en una larga fase de declive, analizada por el historiador estadounidense Robert Brenner (1): década tras década, una disminución sostenida de las tasas de crecimiento y una desaceleración de la productividad, menos empleos y más desigualdades, todo ello acompañado por fuertes recesiones. A partir de la década de 1980, en primer lugar en el Reino Unido y Estados Unidos y luego en el resto de Europa, la estrategia se invirtió: reducción de las asignaciones sociales, privatización de las industrias y de los servicios públicos, desregulación de los mercados financieros. El neoliberalismo hace su entrada. Sin embargo, con el

L'ÉCONOMIE DE LA FRANCE

tiempo adquiere, en Europa, una forma institucional particularmente rígida, a medida que la cantidad de Estados miembros de lo que se convertirá en la Unión Europea se multiplica por cuatro, englobando así una gran zona de mano de obra barata en el Este.

De la Unión Monetaria (1990) al Pacto de Estabilidad (1997), luego al Acta del Mercado Único (2011) y al Pacto Presupuestario (2012), los Parlamentos nacionales fueron suplantados por una estructura de autoridad burocrática protegida de la voluntad popular, como lo había predicho y reclamado el economista ultraliberal Friedrich Hayek. Una vez que esa mecánica estuvo instalada, desde arriba pudo imponerse una austeridad draconiana a un electorado sin recursos, bajo la dirección conjunta de la Comisión Europea y de una Alemania reunificada convertida en el Estado más poderoso de la Unión y cuya vocación hegemónica sobre el continente era anunciada sin tapujos por los pensadores dominantes. Durante el mismo período, la Unión y sus miembros dejaron de desempeñar un rol en el mundo y de actuar a contrapunto de las directivas estadounidenses (2). Durante la última fase de esta subordinación, se ubicaron a la vanguardia de las políticas de nueva Guerra Fría respecto de Rusia, orquestadas por Washington y pagadas por Europa.

Dado que la casta cada vez más oligárquica de la Unión Europea, ignorando los sucesivos referendums, se burla de la voluntad popular e inscribe sus exigencias presupuestarias en la Constitución, no sorprende que provoque tantos movimientos de protesta de todos los colores. ¿A qué se parecen éstos? En el núcleo duro de la Europa previa a la ampliación, en otras palabras, la Europa Occidental de la Guerra Fría (apartados por el momento a Europa Central y Oriental, cuya topografía era en aquel entonces radicalmente diferente), los movimientos de derecha dominan la oposición al sistema en Francia (Frente Nacional, FN), Holanda (Partido por la Libertad, PVV), Austria (Partido de la Libertad de Austria, FPÖ), Suecia (Demócratas de Suecia), Dinamarca (Partido Popular Danés, DF), Finlandia (Verdaderos Finlandeses), Alemania (Alternativa para Alemania, AfD) y el Reino Unido (Partido de la Independencia del Reino Unido, UKIP).

En cambio, en España, Grecia e Irlanda prevalecen movimientos de izquierda, respectivamente Podemos, Syriza y Sinn Féin. Italia constituye un caso aparte en la medida en que conjuga un movimiento antisistema claramente ubicado a la derecha, la Lega, y un partido, aun más poderoso, que supera la fractura izquierda-derecha: el Movimiento 5 Estrellas (M5S). La retórica extraparlamentaria de este último sobre los impuestos y la inmigración lo ubicaría a la derecha, pero su acción parlamentaria lo sitúa más bien a la izquierda, en razón de la constante oposición que manifestó al gobierno de Matteo Renzi, particularmente en lo relativo a las cuestiones de educación y desregulación del mercado de trabajo, y de su rol decisivo en malograr el proyecto de volver más autoritaria la Constitución italiana (3). A este conjunto se agrega Momentum, una organización que acaba de surgir en el Reino Unido al calor de la inesperada elección de Jeremy Corbyn al frente del Laborismo. A excepción de la AfD, todos los movimientos de derecha aparecieron antes de la crisis de 2008, algunos durante los años 1970 e incluso todavía antes. En cambio, el auge de Syriza y el nacimiento del M5S, de Podemos y de Momentum derivan de la crisis financiera mundial.

En este escenario general, el hecho central es que, en su conjunto, los movimientos de derecha tienen más peso que los de izquierda, a juzgar por la cantidad de países en los que dominan y por su fuerza electoral acumulada. Esta ventaja se explica por la estructura del sistema neoliberal contra el que se rebelan, que encuentra su expresión más brutal y más concentrada en aquello en lo que se convirtió la Unión Europea. Su orden se funda en tres principios: reducción y privatización de los servicios públicos, suspensión del control y la representación democráticos, desregulación de los factores de producción. Los tres son omnipresentes a nivel nacional en Europa y fuera, pero se manifiestan de manera aun más intensa en el seno de la Unión. Lo prueban las presiones impuestas a Grecia, la serie de referendums ridiculizados y el creciente avance del *dumping* salarial. En la arena política, esas orientaciones directrices alimentan las principales preocupaciones de la población y motivan sus manifestaciones de hostilidad al sistema, que conciernen a la austeridad, la pérdida de soberanía y la inmigra-

ción. Los movimientos antisistema se diferencian por la importancia que atribuyen a cada uno de esos factores, determinando así los aspectos de la paleta neoliberal que eligen enfocar como prioridad.

La razón más evidente del éxito de los movimientos de derecha es que de entrada se apropiaron de la cuestión de la inmigración. Juegan con las reacciones xenófobas y racistas para ganar el apoyo de las capas más vulnerables de la población. A excepción de los movimientos holandeses y alemanes, adeptos al liberalismo económico, esta posición está íntimamente asociada no a la denuncia sino a la defensa del Estado de Bienestar, que según ellos estaría amenazado por la llegada de inmigrantes -una tesis defendida por los movimientos antisistema de derecha en Francia, Dinamarca, Suecia y Finlandia-. De todos modos, sería un error atribuir su ventaja a ese único argumento. En ciertos Estados importantes, como lo ilustra el FN, también combaten en otros frentes, por ejemplo, el de la unión monetaria. El euro y el Banco Central tal como son concebidos en Maastricht asustaron a la austeridad y la negación de la soberanía popular en un único y mismo sistema. Los movimientos de izquierda los acusan con la misma vehemencia, o incluso más, pero tienden a proponer soluciones menos radicales. En cambio, el FN o la Lega recomiendan remedios draconianos y contundentes para los "flagelos" de la moneda única y la inmigración: salir de la zona euro y cerrar las fronteras. La izquierda, con algunas pocas excepciones, no formuló exigencias tan explícitas. En el mejor de los casos propone aportar a la moneda única algunos ajustes técnicos demasiado complejos como para movilizar a un electorado amplio; respecto de la inmigración, es raro que vaya más allá de los buenos sentimientos.

La inmigración y la unión monetaria le plantean problemas a la izquierda por razones históricas. El Tratado de Roma se basaba en la promesa de una libre circulación de los capitales, los bienes y la mano de obra dentro de un mercado común europeo. Mientras que éste se limitaba a los países de Europa Occidental, solamente la movilidad de los dos primeros factores de producción importaba realmente, dado que las migraciones transfronterizas siguen siendo más bien modestas en general -Francia es una excepción-. Sin embargo, desde fines de la década de 1960, la población de trabajadores inmigrantes proveniente de las ex colonias africanas, asiáticas y caribeñas, así como de las regiones semicoloniales del antiguo Imperio Otomano ya alcanzaba un número significativo. Luego, la ampliación a Europa Central intensificó las migraciones intraeuropeas. Por último, las sucesivas intervenciones neoimperialistas en las ex colonias mediterráneas -el ataque relámpago a Libia en 2011 y la participación indirecta en la guerra civil en Siria- empujaron hacia Europa ola de refugiados y un terrorismo de represalias.

Todo esto instigó la xenofobia, que los movimientos antisistema de derecha convirtieron en su fondo de comercio y que la izquierda combatió por fidelidad a la causa del internacionalismo humanista. Las mismas inclinaciones llevaron a una gran parte de esta última a resistir toda idea de poner fin a la unión monetaria, lo que según ella llevaría a un nacionalismo asociado a las catástrofes del pasado. A sus ojos, el ideal de la unidad europea sigue siendo un valor fundamental. Pero la Europa realmente existente desde la integración neoliberal constituye un orden más coherente que todas las soluciones vacilantes que se le opusieron hasta ahora. La austeridad, la oligarquía y la movilidad forman un sistema interconectado. La tercera es indisociable de la segunda: ningún votante de los países europeos fue consultado nunca directamente acerca de la llegada más o menos importante de mano de obra extranjera a su sociedad, la que siempre se produjo sin su conocimiento. La negación de la democracia en que se convirtió la estructura de la Unión excluyó de entrada cualquier posibilidad de pronunciarse sobre esta cuestión. El rechazo de esta Europa por parte de los movimientos de derecha resulta políticamente más coherente que el de la izquierda -otra razón del avance de los primeros sobre la segunda-.

La rabia, el miedo y la desesperanza

La llegada del M5S, de Syriza, Podemos y la AfD marcó un salto hacia adelante en el descontento popular en Europa. Las encuestas actuales muestran niveles récord de rechazo de la Unión. Pero, tanto en la izquierda como en la derecha, el peso parlamentario

de los movimientos antisistema sigue siendo limitado. A nivel europeo, en las últimas elecciones, los tres mejores resultados de la derecha antisistema -obtenidos por el UKIP, el FN y el Partido Popular Danés- se ubican en alrededor de un cuarto de los votos. A nivel nacional, en Europa Occidental, el resultado promedio de todas esas fuerzas -sin distinción entre izquierda y derecha- alcanza cerca del 15%. Un sexto del electorado no representa una amenaza seria para el sistema. Un cuarto puede plantear un problema, pero el "peligro populista" ante el que se alarma la prensa sigue siendo muy relativo. Las únicas veces en las que un movimiento antisistema accedió al poder (o pareció estar a punto de lograrlo) fue debido a un modo de votación que supuestamente favorecería a los partidos mayoritarios y que se volvió en contra de estos últimos, como en Grecia, o casi lo hace, como en Italia.

En realidad, existe una gran diferencia entre el grado de desilusión popular en contra de la Unión Europea neoliberal de hoy (4) y el apoyo a las fuerzas que pretenden oponerse. Si bien la indignación o el fastidio se volvieron corrientes desde hace ya algún tiempo, el voto de los europeos está (y sigue estando) determinado por el miedo. El statu quo socioeconómico es detestado en gran medida. Lo que no le impide ser reafirmado en forma regular en las urnas, con la confirmación de los partidos que son responsables de la situación, por temor a desequilibrar los mercados y al riesgo de aumentar la miseria. La moneda única no permitió ninguna aceleración del crecimiento en Europa y puso en dificultades a los países más frágiles del Sur. Sin embargo, la perspectiva de una salida del euro horroriza incluso a los que de ya saben hasta qué punto este último es responsable de sus males. El miedo le gana a la rabia. De allí la aceptación por parte de los votantes griegos de la capitulación de Syriza frente a Bruselas, el retroceso de Podemos en España y las tergiversaciones del Partido de Izquierda en Francia. La lógica es la misma en todas partes: este sistema es malo, pero, al afrontarlo, nos exponemos a represalias.

Entonces, ¿cómo explicar el "Brexit"? La inmigración masiva, un temor extendido en Europa, fue estigmatizada sin descanso durante la campaña por la salida de la Unión por parte de Nigel Farage, dirigente del UKIP, portavoz destacado de esta opción junto a grandes figuras del Partido Conservador. Pero, tanto allí como en otras partes, la xenofobia tiene menos peso que el miedo al derrumbe económico. En el Reino Unido, la hostilidad a los extranjeros se incrementó a medida que los sucesivos gobernantes mentaban sobre la amplitud de la inmigración. No obstante, si el referéndum solo se hubiera jugado entre esos dos miedos, como lo deseaba la clase política, el bando que militaba a favor de que el país permaneciera en la Unión seguramente se hubiera impuesto por una gran mayoría -lo atestigua el referéndum sobre la independencia escocesa en 2014-. Otros tres factores determinaron el resultado de la votación. Después de Maastricht, la clase política británica rechazó la camisa de fuerza del euro para poder aplicar mejor su propia visión del neoliberalismo, más drástica aun que todas las del continente. Los excesos financieros del New Labour precipitaron al Reino Unido en la crisis bancaria antes que a los demás países europeos y la austeridad draconiana del gobierno conservador liberal no tuvo equivalente endógeno en el continente. Económicamente, los resultados de esta política británica hablan por sí mismos. Ningún otro país europeo sufre semejante fractura política entre una metrópolis adinerada autónoma, Londres y el Sudeste, y una región desindustrializada y pauperizada al Norte y al Nordeste. Así pues, en muchas zonas, los votantes estimaban no tener mucho que perder en caso de salir de la Unión -una perspectiva más abstracta que la de renunciar al euro-, más allá de lo que pudiera pasar con la City y las inversiones extranjeras. La desesperanza le ganó al miedo.

Lo mismo ocurre políticamente. Ningún país europeo falseó de una manera tan flagrante el siste- →

Si bien la indignación o el fastidio se volvieron corrientes, el voto de los europeos está determinado por el miedo.

Dossier

→ ma electoral. Si, en 2014, el UKIP se convirtió en el mayor partido británico en el Parlamento Europeo gracias a la representación proporcional, al año siguiente, ese partido no obtuvo más que un escaño en Westminster, después de haber recogido el 13% de los votos, mientras que el Scottish National Party (SNP), con el 5% de los sufragios a escala nacional, conseguía 55 escaños. Mientras el Partido Laborista o el Partido Conservador, beneficiarios de este sistema, se alternaban en el poder para conducir políticas intercambiables, los votantes ubicados en lo más bajo de la pirámide salarial desafiaron masivamente las urnas. Cuando percibieron en el referéndum nacional la posibilidad de elegir de verdad, se desplazaron en gran cantidad; en las regiones más desfavorecidas, la participación dio un salto, dejando el veredicto que se conoce sobre los balances irrefutables de Tony Blair, Gordon Brown y David Cameron.

Último factor, y no de los menores: la diferencia histórica que separa al Reino Unido del continente. Culturalmente, no sólo Gran Bretaña fue un imperio mucho más poderoso que sus rivales europeos durante siglos, sino que, por añadidura, contrariamente a Francia, Alemania, Italia y la mayoría de los Estados de la Unión, no sufrió ni derrota, ni invasión, ni ocupación durante las dos guerras mundiales. En un contexto como este, la captación de los poderes locales en beneficio de una burocracia establecida en Bélgica sólo podía ser rechazada con más fuerza que en otras partes: ¿por qué un Estado que en dos

oportunidades había puesto en su lugar a Berlín tendría que someterse a Bruselas o a Luxemburgo? La cuestión de la identidad podía, pues, suplantar a la del interés material con más facilidad que en el continente. Es por esto que la idea de que el temor a las consecuencias económicas podía suplantar al de la inmigración no funcionó, debido a una mezcla de desesperanza económica y orgullo nacional.

Necesaria radicalización

En condiciones similares, en Estados Unidos, muchos obreros blancos de las regiones industriales decadentes y abandonadas pudieron llevar a la Presidencia a un candidato republicano de trayectoria y temperamento inéditos, excedido por los formadores de opinión de los dos partidos y mal visto por una gran cantidad de sus propios votantes. Tanto allí como en el Reino Unido, la desesperanza de las regiones desindustrializadas derrotó a la aprensión frente a ese salto a lo desconocido. Aunque de una manera más cruda y explícita, debido a la larga historia del racismo en Estados Unidos, la inmigración fue igualmente denunciada allí y se erigieron barreras físicas y legales para retenerla. Por último, y sobre todo, para los estadounidenses la grandeza imperial no es un recuerdo lejano, sino una dimensión bien real y una reivindicación natural para el futuro, abandonada, no obstante, por los que detentan el poder en beneficio de una globalización juzgada responsable de la miseria del pueblo y de la humillación del país. "Hagamos que América vuelva a ser grande" ("Make America great again"), una vez que haya renunciado a los fetiches de la libre circulación de los bienes y de

la mano de obra, y barrido las trabas del multilateralismo: Donald Trump no se equivocó al proclamar que su victoria representaba un "Brexit" a gran escala. Esta rebelión era mucho más espectacular que la otra: no se limitaba a una única cuestión -en gran medida simbólica a los ojos de los británicos- y estaba desprovista de todo barniz de respetabilidad institucional o de aprobación de los comentaristas.

La victoria de Trump suscitó la indignación de los dirigentes políticos europeos, tanto de centro derecha como de centro izquierda. En primer lugar, debido a su transgresión manifiesta de los convencionalismos usuales sobre la inmigración. La propia Unión Europea no manifiesta ningún escrúpulo cuando estima que hay contener a los refugiados en la Turquía de Recep Tayyip Erdogan, con sus decenas de miles de prisioneros políticos, la tortura policial y la suspensión general del Estado de Derecho, o que hay que desviar la mirada ante las barreras de alambre de púas levantadas al norte de Grecia para que los refugiados permanezcan encerrados en las islas del Mar Egeo. De todos modos, Europa, cuidadosa de la decencia diplomática, nunca se felicitó abiertamente de esas exclusiones. En realidad, lo que realmente le preocupa no es tanto la brutalidad de Trump en este tema como su rechazo a la ideología del libre comercio, su aparente desprecio por la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y su disposición a adoptar una actitud menos helicosa hacia Rusia. Sólo el tiempo dirá si, en este caso, no se trata más que de comentarios provocadores, condenados a caer en el olvido, como ya ocurrió con gran cantidad de sus compromisos de política interna. En todo caso, su elección volvió visible una diferencia significativa entre numerosos movimientos antisistema de derecha (o vagamente centristas) y la izquierda tradicional, ya sea rosada o verde. En Francia y en Italia, los primeros rechazaron las políticas de nueva Guerra Fría y las operaciones militares aplaudidas por los segundos, en particular la intervención en Libia y las sanciones impuestas a Rusia.

Las convulsiones antisistema de derecha, tales como el referéndum británico y las elecciones estadounidenses, fueron acompañadas de un impulso de la izquierda -Bernie Sanders en Estados Unidos, el fenómeno Jeremy Corbyn en el Reino Unido-, a una escala más modesta pero más inesperada. No obstante, las consecuencias de la elección de Trump y del "Brexit" probablemente resulten menores de lo anunciado. En ambos países, el orden establecido está lejos de ser derrotado, y en Grecia se vio su capacidad para absorber y neutralizar con una rapidez impresionante las rebeliones, vengan de donde vengan. Por lo demás, ya desarrolló anticuerpos, expresados por jóvenes cuadros presuntamente dinámicos que exhiben un simulacro de protesta contra los aprietos y la corrupción y prometen políticas más transparentes, más dinámicas, trascendiendo así a los partidos actuales en debate. Es el caso de Albert Rivera de Ciudadanos, en España, y de Emmanuel Macron, en Francia. Pero, para las corrientes antisistema de izquierda, la lección que dejan estos últimos años es clara. Si no quieren volver a quedar eclipsados por sus homólogos de derecha, ya no pueden permitirse ser menos radicales y menos coherentes que ellos en su oposición al sistema. En otras palabras, el futuro de la Unión Europea depende tanto de las decisiones que la moldearon que ya no es posible contentarse con reformarla: hay que salir de ella o deshacerla a fin de poder construir en su lugar algo mejor, con otros cimientos, lo que equivale a terminar con Maastricht. ■

MECANISMOS PARA ELUDIR LAS INSTITUCIONES

Parlamentos traseros

por Anne-Cécile Robert*

¿Cómo imponer un tratado de libre comercio eludiendo las instituciones democráticas de los países involucrados? Los dirigentes de la Unión Europea disponen para tal fin de una impresionante gama de herramientas. Las tratativas en torno al Gran Mercado Transatlántico (GMT), también conocido por el acrónimo inglés TAF TA) ya habían utilizado algunas: el principio del "secreto de las negociaciones" había permitido particularmente mantener en la ignorancia a los ciudadanos y a sus funcionarios durante largos meses, hasta que el mandato de negociación fuera finalmente revelado.

La historia del Acuerdo Económico y Comercial Global entre la Unión Europea y Canadá (AECC, en inglés CETA) saca a la luz otra herramienta, aun más temible: la aplicación provisoria de un tratado no ratificado. Esta técnica, explica paternalmente el gobierno francés, "presenta la ventaja de no tener que esperar que todos los procedimientos de ratificación nacionales, que se extienden por varios años, concluyan para poder beneficiarse de los efectos económicos del acuerdo, ya que tiene prácticamente los mismos efectos que la entrada en vigor" (1). El senador francés por el Tarn Philippe Bonnecarrère evalúa generosamente esta ventaja: "Al igual que con el acuerdo de libre comercio con Corea del Sur que, durante su aplicación provisoria [de 2011 a 2015], permitió llevar las exportaciones de la Unión hacia ese país hasta los 17.000 millones de euros" (2). Esta estrategia del hecho consumado permite sobre todo asegurarse la aprobación futura de los Parlamentos, presentando cualquier otra opción que no sea el "sí" como una vuelta atrás en una mecánica bien aceitada.

Querer realizar la felicidad de otro en su lugar es, según algunos psiquiatras, una forma de perversión. Se comprende mejor entonces el apuro de los dirigentes europeos por poner en marcha el AECC, adoptado por el Parlamento Europeo el 15 de febrero de 2017, sin esperar que los Parlamentos de los Estados

miembros hayan expresado su consentimiento, en nombre de los ciudadanos. La práctica comunitaria y el derecho internacional les confieren, en parte, este poder: la aplicación provisoria de un tratado aún no ratificado está prevista por la Convención de Viena de 1961 (artículo 25), que codifica el derecho de los tratados internacionales cuando el tratado lo prevé o los Estados lo acuerdan (3).

Pero este principio no deja de traerles dolores de cabeza a algunos juristas, que lo califican de "ambiguo" (3), mientras que otros destacan la incertidumbre jurídica que recae sobre las disposiciones puestas en práctica durante este período "provisorio". Con el objetivo de desdramatizar, los promotores de los textos en cuestión suelen intentar presentarlos como inofensivos textos "técnicos".

¿Se puede calificar como "técnico" a un acuerdo que, como el AECC, pone en peligro los derechos sociales o el medioambiente? Además, en un momento en el que se amplía la brecha entre funcionarios y electores, ¿no sería prudente que los dirigentes se aseguraran la legitimidad de los compromisos que toman? Sin embargo nada está cerrado, porque, como lo especifican las Naciones Unidas, "la aplicación a título provisorio se termina en cuanto un Estado les informa a los Estados implicados en la aplicación provisorio su intención de no formar parte del tratado" (4). ■

1. France Diplomatie, *Questions et réponses - Accord économique et commercial global (AECC) entre l'Union européenne et le Canada*, www.diplomatie.gouv.fr

2. Philippe Bonnecarrère, *Reportage sur les conditions de ratification de l'AECC*, Senado de Francia, París, 13-10-16.

3. David Vignes, "Une notion ambiguë: la mise en application provisoire des traités", *Annuaire français de droit international*, Vol. 10, N° 1, París, 1972.

4. Organización de las Naciones Unidas, colección de tratados, <https://treaties.un.org/>

*De la redacción de Le Monde diplomatique, París. Traducción: Aldo Cicchetti

1. Robert Brenner, *The economics of global turbulence: the advanced capitalist economies from long boom to long downturn, 1945-2005*, Verso Books, Nueva York, 2006.

2. La oposición de Francia y Alemania a la Guerra de Irak, en 2003, debe ser relativizada: Jacques Chirac había aceptado que los aviones de guerra estadounidenses sobrevolaran el espacio aéreo francés; agentes especiales alemanes posicionados en Bagdad habían comunicado sus informaciones a los instigadores de la invasión. Y dos meses después de ésta, el 22 de mayo de 2003, los dos países votaban la Resolución 1483 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que ratificaba la ocupación estadounidense de Irak.

3. Véase Raffaele Liodani, "Italia, ruptura y statu quo", *Le Monde diplomatique*, edición *Cono Sur*, Buenos Aires, enero de 2012.

4. En el verano de 2016, la mayoría de los franceses y de los españoles expresaban aversión hacia ésta, e incluso en Alemania apenas la mitad de los encuestados tenía una opinión positiva respecto de la Unión.

*Historiador, profesor en la Universidad de California. Los Angeles. Autor de *El nuevo siglo mundo*, Akal, Madrid, 2012. Traducción: Bárbara Poyer Sawyer